

## Encuentros imaginarios

Harry Belevan  
Academia Peruana de la Lengua  
Real Academia Española  
hacediallo@gmail.com  
Lima-Perú

—¡Vallejo! —volvió a gritar su amigo desde el atrio de la iglesia de San Agustín, llamándolo por el apellido, a la usanza colegial importada por instructores europeos, curas y legos por igual, de los internados, gimnasios y liceos de ultramar, en donde hasta los más íntimos compañeros de clase se dirigían entre sí por sus nombres de familia—. Vallejo. ¡César! —insistió el atildado joven al ver que su amigo del otro lado de la vía no se detenía, hasta cuando aquel volteó reconociéndolo con el brazo levantado y una sonrisa dentellada. Fueron al encuentro uno del otro y en el recodo de las dos calles se dieron un efusivo abrazo.

—¡Qué ha sido de tu vida, amigo mío! —preguntó Abraham Valdelomar, trasluciendo un interés resonante, aunque más formal que auténtico— ¿Vives por aquí ahora?

—Sí —le respondió Vallejo con su innata cortedad, señalando la calle a su izquierda—. Del hotelito Colón en Pescadería, ¿recuerdas?, allá nos conocimos, me fui a una pensión en la calle Santa Clara, y ahora me he mudado por aquí, a un albergue en Plumereros. Está contiguo a la casona de don Augusto Pérez Aranibar, el filántropo...

—Y presidente de la Beneficencia —lo interrumpió Valdelomar cultivando su habitual suficiencia—. Insigne vecino..., pero ubicación espuria...

—¿A qué te refieres? —atinó Vallejo a preguntar, perplejo.

—Al nombre de la calle, por cierto. ¿Cómo puede un orfebre del idioma como tú, un alfarero de la palabra, «el poeta de la ternura», como te llamé en reciente crónica, vivir en una vía de nombre apócrifo para nuestro eufónico idioma castellano? —Y ante la mirada desconcertada de Vallejo, se respondió Valdelomar a sí mismo—: Sencillo, mi amigo, sencillo: «Plumerero» no es un vocablo de nuestro idioma, esa palabra

no existe. Quizás, con alguna indulgencia, podría considerarla un neologismo, pero....

—Prefiero decir «español» en vez de «castellano» —acotó Vallejo, como desquitándose por la inopinada lección gramatical que le había endilgado improvisadamente su amigo.

—Pero... cómo es eso... Tu tesis universitaria la llamaste poesía castellana, si bien recuerdo —lo interrumpió Valdelomar una vez más.

—Eso fue un rótulo que me impuso el rector Checa —desestimó Vallejo la nueva observación de su amigo—, porque con ese nombre se estudia de siempre el Romanticismo. Pero creo que la palabra «español» es más unificadora porque abarca todas las regiones de la península, como debe ser, una lengua aglutinadora del alma ibérica, aunque respetuosa de los restantes idiomas. Me entenderás mejor cuando se instaure finalmente la república y transforme en alegría esa angustia primitiva que aún enfrenta a España consigo misma. Y allí estaré yo —remató Vallejo—, exclamando de viva voz ¡presente!

—Siempre sospeché que eres un idealista, amigo mío —se entrometió una vez más Valdelomar—. O un utopista más bien...

Vallejo prefirió no seguir con esas fintas verbales.

—¿Estás seguro de que la palabra no existe? —preguntó con fingida curiosidad—. «Plumereros» es el oficio de los que fabrican plumeros, eso con que desempolvan los muebles de tu domicilio. Supongo que a diario, ¿no?... —añadió Vallejo con un artificioso tonillo burlón que, en verdad, no le sentaba—. Pero, vamos. Lo importante es contarte que mi ilustre vecino acaba de ofrecerme un trabajo en la Beneficencia. Aunque venía pensando que eso no es para mí en verdad, eso de estar detrás de un escritorio..., no sé... Prefiero la enseñanza, que me da más tiempo libre para escribir. ¿Qué opinas?

—Caminemos —le dijo Valdelomar, desatendiendo su consulta y tomándolo del brazo—. Voy al Broggi, aquí en Plateros. Vamos. Invito yo. Las mejores infusiones de la comarca, aromáticas como ninguna. Y luego nos damos un salto al Palais a ver quién anda por allí, ¡algunos supervivientes de Colónida, quién sabe! —bromeó Valdelomar—. Sé que José Carlos ha regresado de Arequipa, lo mismo que Percy Gibson, y allí estará al menos Alfredo, lo conoces, ¿no?, el hijo de González Prada.

—Voy justamente a encontrarme con él más tarde —le respondió Vallejo.

Caminaron lentamente por la calle Plateros de San Agustín y se detuvieron en el café Broggi. No encontrando una mesa libre y

en medio de las disculpas de los camareros, optaron por seguir hasta doblar en Baquijano en dirección al Palais Concert, antes de alcanzar la calle Minería.

—¿Adónde ibas? —le preguntó Valdelomar mientras caminaban lentamente.

—A la biblioteca, a ver a González Prada, como te dije.

—Pero si ya falleció —le espetó Valdelomar—. Hace poco que...

—Te dije que iba a encontrarme con Alfredo, precisamente a darle recién el pésame por su padre, ya que no he podido dárselo antes, además de hacerle una consulta sobre París. Sabías que él nació allá, ¿no?

Y ya estaban a pocos pasos de la confitería, pero Valdelomar no había prestado atención a la pregunta y, más bien, se encontraba mirando a la distancia y con legítima curiosidad, calculando mentalmente cuánta gente habría en el local.

—Quizás lo encontremos aquí en el Palais —añadió, lacónico.

—Ojalá, así me ahorro la caminata hasta Abancay.

—Prefiero seguir llamándola Cascarilla —lo interrumpió una vez más Valdelomar con su incontrolable vanidad—. Así se llamaba antaño ese jirón, por si no lo sabías.

Vallejo eludió la nueva enseñanza de su amigo.

—Aunque pensándolo bien —dijo, reflexivo—, ya es hora de que compre mi pasaje a Salaverry. Hay una agencia de los vapores CPV a la vuelta de la biblioteca. Iré de todos modos por allá entonces. Mi amada madre ha fallecido no hace mucho —puntualizó Vallejo, como justificándose— y por eso quiero regresar a Santiago lo más pronto. Antenor, Macedonio, Víctor Raúl, todos los del Grupo Norte, tú los conoces, me han dicho que regrese a Trujillo cuando les conté que ya tengo listo un poemario, ¡será mi primer libro! Ellos quieren que se publique y lo presente allá.

—¡No me habías dicho nada de que estuvieras tan avanzado con tu opúsculo! ¿Cómo se llama?

—Todavía no lo sé. Le he puesto, tentativamente, *Hay golpes en la vida*.

—Por provisional que sea el nombre —dictaminó Valdelomar—, ese título tiene influencia de Darío. También de Herrera, el uruguayo —restregó Valdelomar con el acostumbrado desenfado de su vasta erudición que, en el fondo, Vallejo admiraba.

—No sé... La verdad... Yo creo que es un poemario... —reflexionó Vallejo balbuciendo las palabras—. Se trata de una colección... Tú

has reseñado algunos de esos poemas, los conoces... Son más bien de estilo clásico, recordarás..., aunque hablan también de cosas cotidianas, familiares... El paisaje, mi propio sufrimiento por la muerte de mi idolatrada madre... —siguió Vallejo hesitando sus respuestas—. Cosas así... Siento que son..., son como emisarios líricos de mi pasado..., pero también de mi destino... Son como mensajeros tristes..., como si fuesen..., como oscuros heraldos de mis sentimientos más íntimos...

—¡Los heraldos negros! —improvisó Valdelomar, interrumpiendo una vez más a su amigo—. Hermoso título de aquel poema que ya has publicado, recuérdalo. Creo que bien podrías ponérselo a toda la colección. Dámelos cuando los juntes —le lanzó de improviso Valdelomar, dejando una vez más a su amigo sin palabras, como tantas otras veces—. Les escribiré un prólogo.

Entraron al Palais Concert, donde meseros y parroquianos por igual reconocieron a los visitantes con una leve inclinación, además que el Conde de Lemos —como algunos llamaban a Valdelomar desde que él mismo comenzara a firmar así sus crónicas parlamentarias— retribuyó con una sonrisa deferente, mientras que Vallejo se escabulló sigilosamente, algo incómodo con las miradas de soslayo que sentía puestas sobre ambos.

Ningún conocido se encontraba en el local, por lo que la conversación fue entre ellos dos, aunque la elocuencia de Valdelomar le permitió a Vallejo distraerse por momentos con sus propias cavilaciones. Luego de tomar ambos un té y consumir unos pastelillos surtidos —hojaldres, mazapanes y guargüeros, aunque Vallejo prefirió unas delicadas magdalenas, adelantándose, sin siquiera intuirlo, a las preferencias reposteras proustianas que serían las suyas en un futuro no tan lejano—, Vallejo reparó de pronto en la hora y comenzó a despedirse de su locuaz amigo. Se levantó bruscamente aduciendo, y con razón, una tardanza imperdonable para el encuentro programado con Alfredo. Se despidieron con un afectuoso apretón de manos que el propio Vallejo, espontáneamente, convirtió sin saber por qué en un estrecho y prolongado abrazo al amigo Valdelomar, que este reciprocó con entusiasmo, como si ambos hubiesen vislumbrado en ese preciso instante que aquel sería su último encuentro.

Llegó Vallejo a la entrada de la Biblioteca Nacional y miró varias veces alrededor, pero no vio por ningún sitio a su amigo González Prada. Pensó, así, que el retraso con que llegaba lo habría disuadido de esperarlo por más tiempo —«esperarlo tal vez en vano», pensó Vallejo que su amigo habría musitado, persuadido aún más por esa

garúa limeña que sabe calar tan sutilmente hasta el tuétano y que no había cesado desde la madrugada—. Pero una súbita sorpresa disipó en Vallejo de inmediato cualquier sentimiento de culpa: observaba cómo, a poca distancia, Clemente Palma, ayudado por un ordenanza uniformado de la Biblioteca Nacional, bajaba con gran esfuerzo las escalinatas exteriores del edificio, sujetando a duras penas un costado de la silla de ruedas en la que estaba sentado, con las piernas colgando cubiertas por una gruesa manta, nada menos que don Ricardo Palma.

Apenas la silla se posó sobre la acera, César Vallejo se acercó al venerable anciano. Se estrecharon previamente con Clemente Palma las cuatro manos entrelazadas, y ya se disponía este a presentarle a su padre cuando Vallejo se adelantó, extendiéndole el brazo al notorio literato arrellanado en una hermosa mecedora de madera con ruedas, al tiempo que lo saludaba con reverente cordialidad, la que fue correspondida con apenas una murmuración casi inaudible. Escuchó entonces que Clemente le decía a su padre, susurrándole al oído, que este-es-un-poeta-muy-prometedor-César-Vallejo-se-llama-y-viene-de-Trujillo.

—Más precisamente, de Santiago de Chuco —se apresuró en manifestar Vallejo—, también en La Libertad, pero a tres mil metros de altura, ya en los Andes. Un gran honor, don Ricardo, saludarle y aún mayor placer conocerle.

—Mi padre deseaba volver a ver ipor última vez como repite neciamente! —explicó Clemente Palma con cariñoso enfado—, a sus colaboradores de la biblioteca. Y también quería volver a su antiguo despacho, entrar, sentarse frente a su vetusta escribanía. Pero ahora ya nos estamos regresando a Miraflores, la humedad está que hierde.

Se le ocurrió entonces a Clemente Palma invitar a llevarlo a su buen amigo Vallejo; a su reciente amigo, más bien, puesto que no hacía mucho que lo había denigrado, y públicamente por escrito, tildando textualmente de mamarracho a los versos de «El poeta a su amada», aquella lastimosa elegía publicada poco antes en la revista *Sudamérica*, en la que Vallejo cantaba al «... crucificado sobre los dos maderos curvados de mi beso...».

—Podemos llevarte hacia el sur —le ofreció Clemente—, vamos hacia el Parque de la Exposición y luego hacia abajo, hay sitio de más en la calesa.

—Gracias, muchas gracias —sonrió César Vallejo—, pero debo quedarme, estoy esperando a González Prada.

—¿A quién ha dicho? —tronó repentinamente la voz adusta de don Ricardo Palma, como despertando de un profundo letargo—. ¿Va

a verse usted con ese abyecto difamador? ¡Un hijo de zorra indigno hasta de la propia raposa! —Tomó aliento esforzadamente—. Pero ¡alégrese de que no volverá a verlo, porque el miserable granuja yace pudriéndose bajo tierra! —añadió con colérico sarcasmo.

—Que en paz descanse —se atrevió a murmurar impensadamente el ujier, persignándose.

—¿iQué cosa, qué ha dicho!? Que arda el canalla en las hogueras del averno, ¡vil bribón de tomo y lomo! —levantó nuevamente la voz don Ricardo, irritado hasta el cansancio—. ¡Y que se calcine *in aeternum*, como dicen en la misa!

—Claro, sí, lo sé, don Ricardo —respondió Vallejo—, don Manuel ya falleció, lo sé. Pero mi encuentro es con Alfredo, su hijo, el periodista y... bueno, poeta en sus horas libres...

Clemente Palma, que había estado procurando un coche de punto, intervino a tiempo para zanjar la conversación sobre los González Prada, que tanto daño le hacía a la salud enclenque de su padre la mera evocación de aquel apellido. Logró así desviar el diálogo hacia las inclemencias climatológicas, mientras cubría a don Ricardo con la manta que se resbalaba de su regazo. El carruaje se detuvo junto al sardinel, y el par de caballos que lo halaban relincharon quedamente, como quejándose de su suerte.

—Venga a visitarme uno de estos días, joven —masculló sorpresivamente don Ricardo Palma intentado mirar a César Vallejo, esta vez con una tenue voz de confesional y sin levantar la cabeza inclinada sobre el mentón, casi oculta por la visera de una boina incolora—. Quiero que me cuente de esos rincones del norte, usted es liberteño me dijo, ¿no es así? Hace demasiados años, oiga usted, que no voy por allá. Escribí una tradición, creo que alabando el escudo de Trujillo o algo así. Pero hubo también otra..., sí, lo recuerdo, fue sobre doña María Lazcano, sí, claro. La apodaban Nariz de Camello, matrona de lo más graneado de la sociedad trujillana. —Respiró hondo como retomando aliento—. La memoria es frágil, oiga usted, pero los recuerdos sólidos como ha visto. —Volvió a dejar de hablar unos instantes solamente para retomar de inmediato la palabra, acaso como un último ímpetu—. Le invito a mi finca, está en el balneario de moda, Miraflores. Conocerá a mi hija María Angélica, también escritora como este. —Señaló con algún desdén a su hijo—. Así podremos despotricar de la agonía de nuestras letras. Ah, y traiga a su amigo González si le apetece, cuyo padre bolchevique lo único que hizo de revolucionario fue escribir «página» con jota. ¡Vaya bellaco! Felizmente que impedí su ingreso a la Academia

de la Lengua, ino faltaba más!. —E intentando vanamente levantar la cara para señalar a su hijo, remató entre arrebatos de tos—: Él le dará las señas, sí. Le espero por allá. —Golpeó entonces contra el pavimento la contera de su bastón repetidas veces, y el empleado de la biblioteca que, enmudecido, se había replegado casi escondiéndose tras la silla luego del coscorrón verbal de don Ricardo, la deslizó hasta el borde mismo de la vereda y, junto con el cochero, auparon al octogenario dentro de la austera carroza, cuya raída capota negruzca de vaqueta curtida la asemejaba más a un coche fúnebre que a uno de tarifa.

Los días se convirtieron en prolongadas semanas, y César Vallejo, ocupado a tiempo completo, primero como director de un colegio del que sería cesado prontamente, y luego con sus clases de Gramática en el Guadalupe, había olvidado totalmente la invitación del insigne tradicionista. Algún tiempo después aparecería en Lima su primer poemario, *Los heraldos negros*. Claro que eso lo animó, y mucho, levantándole el espíritu hasta la euforia, como suele suceder con su primer libro a cualquier novato recién publicado. Pero con el creciente pesimismo fatalista que irían incubando en él los avatares cotidianos de su vida limeña, y corroyéndolo, lenta pero tenazmente, hasta el final de sus días, pronto pensó Vallejo que el tiempo también le había hecho una trastada, pues no le había permitido llegar a entregarle el ejemplar prometido a su amigo Valdelomar, súbitamente fallecido en curiosas circunstancias, ni tampoco, y por las mismas razones funestas, el que había soñado con regalarle personalmente a su amada madre, colocándolo él mismo en los cuencos de sus manos frágiles, tal como lo había ensayado mentalmente una y mil veces.

Pero estas frustraciones sirvieron para recordarle de súbito el encuentro que había pactado con don Ricardo Palma hacía algún tiempo, allá a la salida de la Biblioteca Nacional, donde lo había conocido. Se dijo entonces que la publicación de su primera obra sería un buen motivo para hacerle la anhelada visita y llevarle un ejemplar, y más todavía cuando se rumoreaba a voz vaga sobre la deteriorada salud que aquejaba al renombrado escritor. Decidió así Vallejo que ese fin de semana tomaría, sin falta, el ferrocarril eléctrico —los tranvías de sangre devenían rápidamente obsoletos— hacia el balneario de Chorrillos, transporte del que ya se había servido una vez cuando había ido a visitar en Barranco, otro balneario todavía más al sur, a José María Eguren, el poeta del silencio como Vallejo lo llamaba. Porque era el mismo tranvía que paraba previamente en Miraflores y a solo dos manzanas de la casa de los Palma, tal como le había indicado oportunamente el

propio Clemente cuando, alguna vez, había escuchado a César Vallejo lamentarse de las repetidas procrastinaciones con que seguía aplazando involuntariamente la amable invitación de su padre.

Renunciando esta vez a su preferida indumentaria de tonalidades oscuras, se vistió Vallejo con unos atildados atuendos nuevos: corbata tornasolada sujeta con una ostentosa perla que asomaba del chaleco, un colorido pañuelo sedoso de tres puntas en el bolsillo de un saco de paño jaspeado, y luciendo el Borsalino de ala curva perfectamente combinado que le había obsequiado su inolvidable madre, el mismo que había llevado diariamente un tiempo atrás paseándose cada tarde por la cubierta del Ucayali, durante esos tres días de fines de diciembre que le había tomado su primer viaje marítimo a Lima.

Se dirigió a la estación de la línea eléctrica a un costado de la Plaza Mayor, con destino a Chorrillos. Y luego de un recorrido prolongado a través de parajes y sembradíos agrícolas, llegó el vehículo a una alameda polvorienta y silenciosa entre la que serpenteaban los rieles, abovedada de ficus y surcada por canaletas laterales de riego. No le fue difícil encontrar la morada de Palma, pues los escasos paseantes la conocían: era un chalé color pastel situado en esquina, de una sola planta y con rejillas de madera salientes de un muro exterior más bien bajo, que separaba la entrada de la calle orillando un pequeño jardín con césped crecido y algo macilento. Traspasó Vallejo el endeble postigo también de madera. Llegó al umbral de la puerta principal y tocó la aldaba que semejaba un puño de hierro sujetando una esfera. La golpeó varias veces, y otras tantas, hasta que una anciana desdentada y encorvada y de rasgos rugosos visiblemente andinos entreabrió la ventanilla de una de las hojas del portón y, hablando detrás del visillo, indagó murmurando apenas un sofocado «diga-usted».

—Mi nombre es Vallejo. César Vallejo. Vengo de visita a don Ricardo Palma, a su invitación.

La frágil y diminuta figura femenina trajeada con una bata de estambre apolillado quedó mirándolo por largo rato, sin decir nada. Luego abrió la puerta de par en par y finalmente respondió, con marcada entonación serrana:

—El señor ha muerto, pues. Anoche se ha ido y le han llevado de mañanita. No hay nadie, pues, nomás yo y mi nieta, solitas ambas dos porque el señorito no vuelve pues, ni la doña Angélica también.

Sintió Vallejo una repentina ofuscación de los sentidos, un hiato indeseado que lo paralizaba de golpe. Así, atónito, ensimismado en lo que acababa de oír, quedó unos instantes con sus facultades en

suspenso y la mirada en blanco, sin saber qué decir ni menos cómo asimilar tan infausta noticia. Fueron unos instantes, apenas fragmentos de segundos, un tiempo brevísimo, pero fue el tiempo suficiente como para que sintiera el pesado fardo de la muerte de don Ricardo Palma, por el fallecimiento de alguien que apenas había tratado personalmente escasos minutos, no hacía tanto, pero que conocía de siempre por su obra y su vida, como escritor y como creador de un nuevo género literario, como polemista de fuste, como político controversial, un intelectual de los verdaderos —llegó a pensar en esos instantes Vallejo—, ensayista, viajero, agente consular, guerrero indómito en la batalla contra la escuadra invasora tanto como en el hemiciclo legislativo —se dijo a sí mismo—, fundador de la Academia Peruana de la Lengua, lexicógrafo e ilustre miembro de varias y variadas asociaciones, de sectas e instituciones cívicas y culturales, peruanas y extranjeras, secretas y confesionales. Tuvo, en efecto, César Vallejo, el tiempo suficiente como para reflexionar sobre todo eso, antes de despedirse con un lacónico agradecimiento de la menuda anciana que le había revelado esa tragedia tan aciaga.

Y mientras desandaba el camino que había hecho hasta la casa de don Ricardo Palma para alcanzar el tranvía que lo retornaría a Lima, tomó Vallejo una decisión irrenunciable: regresaría a Trujillo y luego a Santiago sin más demoras, para volver a juntarse con sus amigos de la bohemia trujillana, como había llamado la prensa alguna vez al grupo de jóvenes intelectuales locales, y para llevar las flores que no había depositado nunca en el sepulcro de su señora madre y, tal vez, para reencontrarse con los remansos fantasmales de María Rosa («Tú no tienes Marías que se van») y de la suave Mirtha, rememorando acaso aquellas extraviadas pasiones amorosas juveniles de antaño que lo habían precipitado al exilio limeño.

Regresó César Vallejo a Lima entre las tempranas brumas del anochecer, a donde ya había llegado la noticia de la desaparición del célebre autor nacional de anécdotas históricas insufladas por su desbordante imaginación. En efecto, don Ricardo Palma venía de ser motivo de una edición especial vespertina de algún diario de la capital, mientras que el periódico más vendido del país había recordado en su edición matutina al «tradicionalista e ilustre colaborador», sinuoso comentario que aprovechaba para jactarse de las plumas literarias que mantenía a sueldo, llevando así aquel diario, fiel a su estilo, agua para su molino.

\*\*\*

Aquel lunes 6 de octubre del año del Señor mil novecientos diecinueve, don Ricardo Palma ascendería al cenit de la gloria literaria, convertido en el patriarca de las letras republicanas del Perú. Tiempo después, César Vallejo se embarcaría en una travesía similar, pero con destino a Europa, de donde nunca más regresaría, para transformarse él también, pero desde aquellas lejanías y con el pasar de los años, en una de las voces líricas más conspicuas de la literatura universal.

En cuanto a la sosegada protagonista de esta crónica, apócrifa o real, que no es otra que la desordenada ciudad de Lima —«Lima, quien no te ve no te estima», como, con una pizca de sorna y cachita criolla, había muchas veces coreado el propio don Ricardo—; esta villa que supo ser fuente inagotable de inspiración para todas las artes y en todos los tiempos, desde la Plaza Mayor de Rugendas que debió cruzar innumeradas veces la Perricholi camino al puente y la alameda de Chabuca, hasta *La placera* acuarelada de Pancho Fierro pregonando sus provisiones al pasar frente a la Quinta Heeren de Humareda; de esta urbe capitalina, en fin, con su intrincado pasado tejido de fábulas y tradiciones y que supo habituarse, también, al sarcasmo costumbrista de Leonidas Yerovi y a la disección afectiva de Raúl Porras, tributarios ambos, al fin y al cabo, de la picardía y el humor querendón de la crítica aterciopelada con que don Ricardo Palma adjetivó a su ciudad natal; de esta urbe, digo, se sabe que, muchas décadas luego de aquellos encuentros entre César, Abraham, Clemente y don Ricardo, un artista vasco donaría una estela funeraria retratando a Vallejo como una abstracción escultórica. Solicito, el municipio capitalino había dispuesto instalar aquella efigie acerada en la mismísima plazoleta que atravesaba el poeta cuando, una mañana sin fecha, se topó con su amigo Valdelomar antes de hacerlo con Clemente y don Ricardo Palma, en un intervalo de pocas horas suspendido en un tiempo pretérito que atestiguaría, silente, el efímero episodio de los últimos encuentros inopinados de esos cuatro peruanos legendarios. ¿Casualidad o coincidencia? Vaya a saberse, pues nunca nadie ha sospechado siquiera del curioso simbolismo oculto detrás de aquella efigie retorcida de Vallejo, donada por un ignoto artista donostiarra y que hasta hoy ornamenta el Cercado limeño, ni menos aún de aquellos curiosos encuentros de cuatro plumas proverbiales de la peruanidad.

Y con respecto al balneario de Miraflores, en donde el hollín contaminante de la modernidad iría suplantando alevosamente las dulces fragancias de su nombre y los aromas salobres matinales trepando por los acantilados con las ventiscas marinas; pues, fue creciendo resueltamente,

pero a tropezones y al compás de la tala de sus frondosos ficus, para convertir en vías asfaltadas las emblemáticas calzadas peatonales onduladas por las raíces de sus plantíos, como aquella alameda vecina a la morada del más ilustre de los limeños que más tarde llevaría su nombre. Y, si bien se transformó en un sofisticado distrito que algún día llegaría a marcar hasta la juventud de un Nobel de las letras, Miraflores siguió identificándose sobre todo con don Ricardo Palma, cuya quinta se convertiría con el tiempo en un sobrio museo que custodia también algunos pocos vestigios personales del tradicionista.





# AUTORES



**Arista Montoya, Luis** \_\_\_\_\_

Profesor Principal de Filosofía y Ciencias Sociales; periodista y escritor. Es investigador de la Universidad Ricardo Palma y del Centro José Ortega y Gasset, Madrid-España. Ha obtenido el Premio Nacional de Investigación Educativa-1989 CONCYTEC y el Premio de Ensayo OEA-2004. Es autor de varios libros.

**Arroyo Laguna, Eduardo** \_\_\_\_\_

Licenciado en Sociología por la UNMSM. Magíster en Sociología por la PUCP. Doctor en Ciencia Política y Relaciones Internacionales por la Universidad Ricardo Palma y docente de la misma universidad. Miembro de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Fue decano del Colegio de Sociólogos y ha escrito artículos en diarios como *La República* y *El Comercio*, y dictado conferencias sobre política internacional y crítica literaria en el Perú y el extranjero.

**Augusto Rivas, Carlos** \_\_\_\_\_

Cronista, narrador de tradiciones y de diversos géneros literarios. Estudió en la Universidad Nacional de Educación Enrique Guzmán y Valle, en la Pontificia Universidad Católica del Perú y en la Universidad Jaime Bausate y Meza. Ha escrito diversos libros de historia, reportajes, cuentos y novelas aún inéditas. Ganador del Premio Nacional de Literatura Ricardo Palma, Premio Nacional de Educación Horacio, Primer Premio de la Expo Escolar del Ministerio de Educación, entre otros.

**Belevan, Harry** \_\_\_\_\_

Escritor, académico y diplomático. Autor de varios libros en los géneros del cuento, la novela, el ensayo y el teatro, publicados en el Perú y el extranjero. Ha recibido varios reconocimientos de universidades del Perú y el extranjero, como Doctor *honoris causa* de la Universidad de El Havre (Francia), *visiting professor* de la George Washington University, *gastprofessor* de la Universidad de Viena (Austria) y Profesor honorario de la Universidad Ricardo Palma. Es Miembro de Número del Instituto Ricardo Palma, de la Academia Peruana de la Lengua, entre otras distinciones.

**Coloma Porcari, César** \_\_\_\_\_

Economista dedicado a la investigación histórica. Ha publicado libros y artículos sobre el patrimonio cultural del Perú en los

diarios y revistas del Perú y del extranjero. Es miembro de número del Instituto Ricardo Palma y del Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú; así como de otras instituciones. Es actual presidente del Instituto Latinoamericano de Cultura y Desarrollo. Ha recibido el grado de *doctor honoris causa* por la Universidad Católica de Santa María de Arequipa.

### **Chiri Jaime, Sandro**

---

Doctor en Literatura Hispanoamericana por Temple University (Filadelfia, EEUU), y licenciado en Literatura por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Fundó y dirigió la revista cultural *La Casa de Cartón*. Ha publicado libros y colaborado en revistas académicas dentro y fuera del país. En la actualidad, es catedrático en la Universidad ESAN.

### **Flores Heredia, Gladys**

---

Doctora en Literatura Peruana y Latinoamericana por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Es docente de pregrado la Facultad de Derecho y Ciencia Política de la Universidad Ricardo Palma y del Programa de Estudios Básicos de la misma universidad. También es docente de la Unidad de Posgrado de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Ha escrito artículos para revistas especializadas del Perú y del extranjero sobre el estudio de la obra de César Vallejo. Ha publicado tres libros con la Universidad Ricardo Palma, sobre temas literarios.

### **Gonzales Alvarado, Osmar**

---

Sociólogo por la Universidad Inca Garcilaso de la Vega. Tiene estudios de maestría en sociología en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Es maestro en Ciencias Sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso) y doctor en Ciencia Social por El Colegio de México. Es autor de más de veinte libros publicados en diferentes países y colaborador de múltiples revistas y diarios. Es Miembro de Número del Instituto Ricardo Palma.

### **Huárag Alvarado, Eduardo**

---

Doctor en Literatura por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Profesor Principal en el departamento de Humanidades de la PUCP. Ha sido profesor investigador en el CIALC de la UNAM (México). Tiene una maestría en Comunicaciones por la Universidad Internacional de Andalucía. Ha sido profesor

visitante de las universidades de Sao Paulo (Brasil), Michel de Montaigne (Bourdeaux, Francia), Ludwing Maximilian's (Alemania) y Sevilla. Es Miembro de Número del Instituto Ricardo Palma.

### **Kapsoli Escudero, Wilfredo**

---

Doctor en Letras (Historia) por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Posee estudios de posgrado en la Escuela Práctica de Altos Estudios de París. Ha sido becado por la comunidad científica japonesa para seguir estudios en la Universidad Nanzan de Nagoya. Miembro de Número del Instituto Ricardo Palma. Ha publicado varios libros sobre temas históricos en el Perú y el extranjero.

### **León Donayre, Ramón**

---

Doctor en Psicología por la Julius-Maximilian-Universität (Alemania) y doctor en Ciencias, especialidad de Psicología, por la Universidad Peruana Cayetano Heredia. Es docente en varias universidades del Perú. Ha publicado artículos en diversas revistas de psicología del Perú y el extranjero: Alemania Federal, Argentina, Brasil, Colombia, Chile, España, Estados Unidos y México. Es autor de capítulos y contribuciones en obras aparecidas en Estados Unidos.

### **Mera Ávalos, Arnaldo**

---

Historiador de la PUCP, investigador especializado en temas de historia social sobre Lima del siglo XVIII y temprano siglo XIX, en aspectos sociales del régimen del Protectorado y de la Temprana República. Miembro de Número del Instituto Ricardo Palma.

### **Reyes Tarazona, Roberto**

---

Escritor y sociólogo, integró el grupo "Narración". Ha publicado novelas, libros de cuentos, antologías literarias y libros de ensayos. En la Universidad Ricardo Palma es Administrador del Centro Cultural Ccori Wasi, presidente del Comité Electoral, presidente del Instituto Ricardo Palma y profesor principal de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo, donde dirige la revista *Arquitextos*. Ha recibido la Orden de Mérito de Duarte, Sánchez y Mella, en el grado de Gran Oficial, por la República Dominicana.

### **Ríos Burga, Jaime**

---

Sociólogo peruano. Doctor en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid, licenciado y bachiller

en Sociología por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM). Docente principal e investigador de la Facultad de Ciencias Sociales de la UNMSM. Expresidente de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS).

**Robles Chinchay, Rubén Fernando** \_\_\_\_\_

Licenciado en Historia por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Con estudios de Educación en Lengua y Literatura por la misma universidad. Forma parte del Proyecto Recuperación del Patrimonio Bibliográfico Documental del Incendio de 1943 en la Biblioteca Nacional del Perú, para el Registro Memoria del Mundo de la Unesco, y también del Equipo de Trabajo de Custodia de la Dirección de Protección de las Colecciones de la Biblioteca Nacional del Perú.

**Sandoval Bacigalupo, Renato** \_\_\_\_\_

Poeta, traductor, ensayista y profesor universitario. Doctor en filología románica de la Universidad de Helsinki. Premio Nacional de Literatura 2019, con mención especial en poesía. Es fundador, director del Festival Internacional de Poesía de Lima (FipLima) y Miembro de Número del Instituto Ricardo Palma.

**Suárez Simich, Mario** \_\_\_\_\_

Estudió Literatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, y Derecho en la Universidad de San Martín de Porras. Ha sido profesor de Literatura en San Marcos y en la Universidad Femenina del Sagrado Corazón; habiendo trabajado como periodista en diversas publicaciones del medio. Ha publicado novelas y cuentos que han aparecido en diversas revistas y antologías. Es cofundador de la editorial Naylamp. Ha dado conferencias en España, Francia, Alemania y Austria. Es miembro del PEN Club Internacional, filial peruana y Miembro de Número del Instituto Ricardo Palma.

**Ward, Thomas (EE.UU.)** \_\_\_\_\_

Profesor emérito de Español en Loyola University Maryland. Es Miembro Correspondiente del Instituto Ricardo Palma y de la Academia Peruana de la Lengua. Profesor honorario y doctor *honoris causa* de la Universidad Ricardo Palma. Ha publicado diversos libros sobre historia, literatura y cultura peruana.

AULA PALMA

Se terminó de imprimir en Garden Graf SRL.  
Calle José León 153, Lima 34. RUC. 20303404938  
[gardengraf@yahoo.es](mailto:gardengraf@yahoo.es)